

PRESENTACION DEL LIBRO
FILOSOFÍA DE LA RELIGIÓN
ANÁLISIS y DISCUSIONES

En su célebre libro, *Diálogos concernientes a la Religión Natural*, David Hume hace decir a Cleantes: “Un poquito de filosofía hace a un hombre ateo; mucha más filosofía lo vuelve a convertir a la religión”. Yo soy de la opinión de que, independientemente del uso que el propio Hume hiciera de su *dictum*, interpretado éste **de cierto modo** parece transmitir por lo menos dos verdades incuestionables, dos verdades, por así llamarlas, “profundas” y que, debo decirlo, por mi parte considero inatacables. La primera idea que Hume parece haber intuido es que en toda *Weltanschauung* mínimamente refinada, en toda concepción de la realidad que aspire a ser verdadera y convincente, la religión debe, de algún modo, estar presente. La segunda idea que parece estar implicada por el *dictum* de Hume es, por consiguiente, que el rechazo de la religión es, las más de las veces, el efecto en la mente (*i.e.*, en nuestro sistema de creencias) de una causalidad intelectual o eidética deficiente. Además, a mi modo de ver, el *dictum* humeano es no sólo verdadero sino, en un sentido todavía por esclarecer, actual o inclusive, quizá, a-temporal. Nada más fácil, en efecto – y sobre todo en nuestros días, los días de la *high tech*, las ciencias cognitivas y el neo-liberalismo reformador – que ignorar y ridiculizar (o intentar ridiculizar) la clase de creencias que se caracterizan por ser esencialmente ajenas al espíritu de la época, esto es, el espíritu de la tecnología de punta, del discurso político vacío, del atomismo social en el que vivimos. Es evidente que las creencias que esta edad tiende a excluir son de lo más variado, pero no cabe duda de que ocupan un lugar prominente en su animadversión las creencias religiosas, como por ejemplo la creencia en Dios, en el perdón y el castigo divinos, en el carácter insondable de los designios de la divinidad, en el orden del cosmos y el triunfo final del Bien. Como era de esperarse, sin embargo, esta trivialización y este desdén generalizado por las creencias y el lenguaje religioso (esto es, creencias y juegos de lenguaje en torno a los cuales durante luengos siglos giró la vida de muchos pueblos) nacen, como monstruos, con una mancha indeleble en la frente: son, casi siempre, el producto de falacias obvias, de generalizaciones precipitadas, de verdades a medias, de *partis pris* ideológicos adoptados acríticamente, dogmática, ciegamente. Más aún, yo diría que si en nuestros tiempos es particularmente fácil ser irreligioso, ello precisamente se debe a que es ésta una edad irreligiosa y una edad irreligiosa **tiene** que ser, en algún sentido importante, una edad mutilada, carente de algo crucial, decisivo. En verdad, es la nuestra una época que, especialmente en relación con la religión, **se rehúsa** a comprender. Por lo menos en este sentido, vivimos (y padecemos) una época de irracionalismo desbocado, de nihilismo porque ¿qué otra cosa es ser nihilista sino no creer, haber perdido la fe en Dios, vivir sin Él? Esto, si no me equivoco, fue parte del doloroso mensaje legado a nosotros a finales del siglo antepasado por ese visionario aterrorizado que fue Frederick Nietzsche.

Para los efectos de esta sesión, propongo que se acepte que adjetivos como ‘bueno’ y ‘malo’, ‘deseable’ e ‘indeseable’, etc., se aplican en primer término no a cosas, objetos, instituciones y demás, sino a **usos** de cosas, objetos, instituciones, etc. Así, el deporte, el arte, la ciencia, la lógica, etc., no son esencialmente ni buenos ni malos. Son buenos o malos **en función** del uso que de ellos se haga. Por ejemplo, es bueno saber correr para ganar una medalla, pero es malo si es para huir exitosamente después de haber cometido un crimen; es bueno haber estudiado medicina y saber operar a una persona y salvarle la vida, pero es malo saber curar u operar para cínicamente vender su sapiencia o para hacer sufrir innecesaria o injustificadamente a alguien. Y así sucesivamente. Ahora bien, deseo sostener que lo mismo vale, *mutatis mutandis*, para la religión: ella misma es, por así decirlo, neutra: es un hecho más del mundo, pero hay tanto religión dañina o nociva como religión benigna, porque hay tanto usos buenos como usos malos de ella. Por ejemplo, la creencia en Dios es mala si no sirve para otra cosa que para subyugar o encadenar las mentes de los hombres, para ahogar el conocimiento humano, para satisfacer ambiciones terrenas, para promover la superstición y la superchería; pero la creencia en Dios es buena si ensancha la vida espiritual del individuo, si lo convierte, en su vida íntima y pública, esto es, genuinamente, en eso que no podemos llamar de otro modo que un ‘siervo del Señor’, en un santo, en alguien, por ejemplo, a quien todos quieren porque, así lo diríamos, habla a través del él la Voz de Dios. Así, mi libro pretende ser un ataque en contra de algunos supuestos importantes que subyacen a los usos malos o perniciosos de la religión (por no decir que los generan) y, al mismo tiempo, una exaltación de sus incuestionables usos benéficos, aplicaciones que, creo, son no sólo virtuales, sino reales y asequibles. Mi trabajo, empero, no es de carácter factual: no soy ni pretendo ser un sectario, un reformador religioso de la estirpe que sea, un historiador de las religiones o un psicólogo. Mi labor es de carácter estrictamente filosófico. Y esto me lleva al punto que deseo destacar: es claro, me parece, que las causas de un mal uso de algo, en este caso de la religión, pueden ser de lo más variado, pero en muchas ocasiones por lo menos, en este como en muchos otros casos, una clara fuente de maldad es sin duda alguna la incomprensión. Parte de lo que sostengo en este pequeño libro es, pues, que la mala religión, la religión mal empleada y, por ende, la mala vida religiosa, la religión fallida, la pseudo-religión, es un engendro, un sub-producto de una incomprensión radical de la religión y, muy especialmente, del lenguaje religioso y de su gramática, en el sentido wittgensteiniano por todos nosotros conocido.

De ahí que una pregunta que para esta ocasión puede resultar útil plantear e intentar responder sea simplemente la siguiente: teniendo como trasfondo nuestro conocimiento, por incompleto que sea, de la historia de las religiones, teniendo en mente ante todo el papel real desempeñado por ellas (*i.e.*, por las creencias religiosas, las instituciones, etc.) en el desarrollo de las culturas – y en particular de la nuestra – ¿es acaso posible en nuestros tiempos pensar todavía que algo pueda ser

“elucidatorio” con respecto a la religión y de manera que a ésta se le reivindique **filosóficamente**? Para mí la pregunta es importante entre otras razones porque una respuesta clara a ella me permitirá enunciar con mayor exactitud el sentido o los límites de mi aceptación del *dictum* humeano. Mi respuesta es: hay, en verdad, algo que puede ser elucidatorio al modo deseado. Ese algo es el análisis gramatical de las expresiones religiosas. Esto merece, aunque sea muy brevemente, una aclaración.

Quisiera iniciar mi argumentación con el reconocimiento explícito de la adopción de un sano punto de vista wittgensteiniano, a saber, el del rechazo de toda clase de obsesiones fundacionalistas, el de la ilegalización semántica de todo intento de justificación de “lo real”. La realidad no requiere de ninguna clase de “fundamentación”. La realidad se sostiene a sí misma, habla por sí misma. Lo que en cambio si necesita la realidad es ser comprendida. Y esto vale por igual para la realidad matemática que para la religiosa. Ahora bien, es un **hecho** que se emplean los lenguajes religiosos y es un **hecho** que la gente mantiene eso que denominamos ‘creencias religiosas’. Pero, como acabo de decir, los hechos no tienen ni requieren de justificación. En todo caso no es función de la filosofía realizar dicha tarea, si es que dicha tarea es no digamos posible, sino inteligible. Los hechos son lo que son y están allí para que uno los estudie, no para proporcionarles “bases sólidas”, de la clase que sean. Cae, pues, totalmente fuera de nuestros intereses todo esfuerzo de “justificación” o “fundamentación” de la religión (*e.g.*, de las creencias religiosas básicas). Pienso que no hay (y en esto sigo al *Tractatus*) jerarquías ontológicas, que no transitamos por diversos niveles de ser. Lo que solía pensarse que eran los “fundamentos” de algo (el lenguaje, las matemáticas, etc.) era en realidad una ampliación, un desarrollo de nuestros distintos simbolismos. En todo caso está claro, creo, que en los intentos de fundamentación, sea lo que sea lo que esto signifique, la comprensión filosófica está ausente.

Para nuestros intereses será, pues, menester reconocer dos grandes planos: el de las acciones, el de las prácticas humanas (las lingüísticas incluidas), y el de la reflexión sobre dichas prácticas y su eventual comprensión. La mera inculcación y manejo de reglas o preceptos no acarrea consigo ni garantiza comprensión alguna por parte del iniciado. Piénsese en la aritmética, por ejemplo: hay ciertamente un sentido en el que podemos decir que un niño **sabe** sumar, si lo único que queremos decir es que es capaz de dar las respuestas que el maestro y la sociedad detrás de él consideran correctas; pero si por ‘saber’ queremos decir ‘aclarar la gramática de las reglas involucradas’, entonces es claro que ningún niño **sabe** ni tiene la menor idea de lo que es sumar. Lo mismo pasa con la religión: una cosa es ir a misa, confesarse, lavarse con mayor o menor ahínco, de tal o cual modo o tal y cual parte del cuerpo, hacer genuflexiones, lacerarse, emitir juramentos o blasfemias de diversa clase, etc., etc., y otra muy diferente comprender lo que se hace, esto es, lo que los miembros de la comunidad estudiada hacen cuando viven o actúan “religiosamente”. Y, creo que vale la pena señalarlo, en este caso, como en el caso de un enfermo mental, no

podemos dejarnos llevar, para efectuar nuestro diagnóstico, por lo que el paciente mismo declare sobre su honorable persona. Llegamos ahora sí a un punto filosófico importante: pienso que las acciones **religiosas** se dan sólo en contextos religiosos y que los contextos religiosos pueden gestarse sólo allí donde están funcionando juegos de lenguaje religiosos. Sin olvidar (¿cómo podríamos hacerlo?) la argumentación wittgensteiniana en contra de los lenguajes privados y, por consiguiente, el carácter social del lenguaje, nos vemos conducidos a la idea, propia de la así llamada ‘filosofía analítica’, de que la clave para la comprensión última de la religión la encontramos en la elucidación gramatical del lenguaje religioso.

Una vez que nos hemos desprendido de quimeras fundacionalistas y que hemos tocado fondo en las diversas prácticas humanas, en la **praxis**, podemos entonces pasar a retar la interpretación fácil, usual, espontánea, irreflexiva o pre-filosófica de dichas prácticas y ello por una sencilla razón, a saber, que sus presupuestos concernientes a la significación de las expresiones religiosas son simplemente inaceptables o, peor aún, refutables. En nuestro caso, es decir, en el caso de la religión, la interpretación defectuosa o distorsionada del lenguaje religioso toma cuerpo en eso que se conoce como teísmo, esto es, la creencia, literal o ingenuamente asumida, en un ser creador, causa no causada del mundo, eterno, regulador último del cosmos y sus leyes, conocido por revelación, etc. Con el teísmo, lo declaro abiertamente, no vislumbro ni siquiera en principio la posibilidad de una reconciliación. Es por ello que pienso que **si** en verdad la religión **tiene** que revestir una forma teísta, entonces creo que Hume está equivocado y que es simplemente falso que mucha filosofía necesariamente nos vuelva a convertir. Más bien al contrario: buena filosofía, esto es, buena filosofía analítica, muestra que la labor filosófica exitosa inevitablemente nos aleja de la religión. Pero ello es así sólo si la religión no puede adoptar más que modalidades teístas. Afortunadamente, creo que no es ello el caso y que aunque en un sentido Hume estaba peligrosamente equivocado, en otro sentido tenía perfectamente razón. Es en el primer sentido, esto es, en el de la interpretación teísta de la religión, que podría decirse del libro que aquí se presenta que no es un libro que favorezca, por mínimamente que sea, una perspectiva religiosa del mundo. Pero también es cierto, creo, que hay en él una **defensa** de la concepción religiosa de la realidad en un segundo sentido, en decir, en el sentido no-teísta de la creencia religiosa y de las prácticas religiosas. Yo creo, y espero no estar equivocado, que esta otra forma que sugiero de entender la religión nos deja intelectualmente más satisfechos y es, por ello, más convincente. Esto es muy importante, porque si el teísmo es rechazable o, mejor aún, refutable, entonces sí es posible conciliar nuestra necesidad de religión, en un sentido oxigenado del término, con nuestra integridad filosófica (puesto que, huelga decirlo, en relación con esto último no estamos dispuestos a hacer concesiones). Se podría entonces sin temor a errar afirmarse de este libro que en él la simpatía por la religión liberadora y por la genuina vida religiosa de la cual está imbuido es inversamente proporcional al fustigamiento y al rechazo de lo que se considera la mala religión, esto es, el teísmo.

Pero entonces queda claro que, así contemplado el asunto, lo que Hume dice es en verdad inobjetable y orientador.